

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
21 Septiembre 1889.
NÚMERO 51.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

RICARDO DE LA VEGA

El éxito alcanzado por la última obra de Ricardo de la Vega, obra que, dicho sea entre paréntesis, es lo único bueno y de verdadero gusto literario que ha pasado por las candilejas del Príncipe Alfonso, nos hace tributar un nuevo y entusiasta aplauso al mejor y más culto de nuestros saineteros, á la verdadera tía Javiera de los cuadros de costumbres populares, al sucesor directo de D. Ramón de la Cruz, al autor de *El café de la Libertad*, *La canción de la Lola*, *Pepa la frescachona* y otros muchos sainetes que le acreditan de versificador correctísimo y de ingenio culto y chispeante.

Afortunadamente escriben Ricardo de la Vega y dos ó tres autores más de buena ley. De no ser así, estaban lucidos los teatros por horas, que se verían precisados á sustituir el título que adorna sus puertas, por este otro:

Almacén perpetuo de majaderías.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. P. 1889

DIARIO CÓMICO



Hablemos hoy del microbio de D. Blas.
El asunto es interesante y se presta á una serie interminable de reflexiones.

Doy por sentado que todos ustedes conocen al protagonista de este verídico relato, al Sr. D. Blas Zingotita. ¿No?

Pues de seguro le han visto ustedes, y hasta le han hablado hasta un millón de veces.

¡Como que es uno de los tipos más populares de Madrid!

Acaba de cumplir setenta años, y es viudo en terceras nupcias.

Rico, y amigo del placer, sacrificó en los altares de Venus y de Baco su salud y su dinero con verdadera prodigalidad.

Tenorio incorregible, perseguidor incansable de las buenas mozas, no calculaba el bueno de Zingotita que llegaría un tiempo en que su terca voluntad sería domada, y sus locas empresas alcanzarían término fatal, rindiéndose la materia fatigada, sin que lograrse galvanizarla un punto más el rudo acicate del deseo.

Y ese día llegó. Pero D. Blas, como dicen que sucede á los músicos viejos, no perdió el compás ni la afición.

¡Ahí le tienen ustedes! Persiste en echarla de valiente, y continuar la serie de sus conquistas.

Cree que sus peluconas le facilitarán todos los caminos, allanándole todas las dificultades.

¡Cómo se equivoca el vejestorio! Su calva monumental, sus ojillos apagados, sus manos temblorosas y sus vacilantes piernas, le indican que ha sonado para él la hora del descanso.



Pero en vano; él opone á la acción destructora del tiempo los recursos y revoques del arte, y es un maestro consumado en la ciencia de la pintura y del afeite.

Cubre sus arrugas charolando su epidermis con las pastas y cosméticos más acreditados. Su dentadura es la obra maestra del más afamado dentista de París. Tápase la pelada cabeza con una peluquita rubia y rizada, que es un prodigio de arte cabelludo, y es innúmera la colección de sus lápices para cejas y pestañas, de sus opiatas para los labios, de sus esponjas, cepillos, cortaplumas, limpiuñas y cortacallos.

El zapatero hace prodigios para disimular los juanetes de sus pies cansados y defectuosos; el sastre suda la gota gorda para dar esbeltez y tiesura á su cuerpo caduco y contrahecho.



Vestido siempre á la última moda, no sale jamás de su casa sin colocarse antes una gardenia en el ojal y un cigarro habano entre los dientes postizos.

Y sin convencerse de que su retiro está definitivamente acordado, aún sueña con amantes ojos que le miren con ternura, con labios sonrosados que estampen cariñosos besos sobre sus pintarrajeadas mejillas.

Tenaz en su empeño, hace pocos días declaró su pasión á una hermosa mujer.

Y en un descanso de asma, y entre dos golpes de tos, declaró su atrevido pensamiento, adoptando las más ridículas posturas y los ademanes más exagerados.

El desengaño fué horrible.

—¿Está usted loco, amigo Zingotita?

contestó la joven, que era burlonilla y tan linda como discreta. ¡Está usted hecho un carcamal, mi querido D. Blas! Usted no está ya para esos trotes. ¡En vez de buscar la cuarta mujer, arregle usted sus cositas y tome sus disposiciones testamentarias!...

—Señorita, señorita, replicó don Blas sulfurado: ¿á usted se le figura que yo estoy?...

—Para sopitas y rosarios; nada más que para eso...

—Yo la demostraré á usted...

—No es fácil. Vaya, acuéstese usted tempranito, tome usted la tisana á sus horas, y no abuse usted de los cigarros habanos y de las pastillas de menta.

Y lanzando una sonora carcajada, dejó al chasqueado vejete con la palabra en la boca, y enlazando su brazo al de un apuesto galán, fué á contar su aventura á unas amigas que se hallaban al otro extremo del salón.

Pronto un coro de risas y alegres exclamaciones hizo comprender á Zingotita que su aventura servía de pasto á la voracidad de aquellas Evas, y se alejó precipitadamente.

Aquella decepción le hizo reflexionar, y, cán, cán, llegó á caer de su burro.

Pero ¡ah! por desgracia suya vino á sus manos, al día siguiente un periódico que daba la noticia del reciente descubrimiento de un médico italiano, el profesor Malincónico, de Nápoles.

La teoría del profesor napolitano ha chiflado por completo á D. Blas. Ya habrán leído ustedes la noticia.

Figúrense ustedes que el Sr. Malincónico asegura que la vejez es una enfermedad como todas las demás, que tiene un preservativo, y que puede curarse ni más ni menos que se curan las tercianas, las jaquecas, el tifus y las pulmonías.

La vejez, dice, no la produce la edad, como se ha venido creyendo hasta ahora.

El autor de los estragos de la vejez, es un microbio.

¡Qué alegría la del señor de Zingotita, al enterarse de esta afirmación!

Lo heredamos al nacer, continúa el profesor italiano, crece y se multiplica con el tiempo (¡mire usted que gracia!) y con más rapidez en unos individuos que en otros, según la naturaleza, acaba por postrarnos, por privarnos una á una de nuestras facultades—cuidado con el bicho—y por facilitar los estragos de las demás enfermedades.

Descubierto el microbio, no hay más que inventar medios, buscar sustancias para destruirlo.

Muerto el perro, se acabó la rabia. Destruído el pícaro microbio, ya no hay un viejo por el mundo. Se podrá vivir más ó menos años, pero siempre, lozanos, jóvenes, aptos para todo.

Esta será la mayor de las felicidades.

¡Encontrarse uno á los doscientos años con el cuerpo ágil, la boca fresca, el pelo sin una cana, y los ojos brillantes y arrebatadores! El caso es encontrar al microbio.

Y después de encontrado, matarlo.

Y he aquí la idea fija, el pensamiento constante y tenaz del pobre Zingotita.

Desde que ha leído la teoría de Malincónico, no duerme, ni come, ni vive, ni descansa.

Se ha empeñado en rejuvenecerse, matando al animalito causa de su vejez.

Y es natural; no se ocupa de otra cosa.

Se pasa el día buscándose el microbio.

¡Pero no se lo encuentra!

E. NAVAERO GONZALVO



El tizón de la nobleza.

HASTA los plebeyos ó «plebeos», como diría algún chico de esos que pedesciben revistas para que algún maestro, aunque sea «de escuela», las eche música y las vistan ó siquiera las remienden Bussato, Amalio, Muriel ó cualquier otro pintor escenógrafo; hasta nosotros hemos conseguido conocer por sus nombres á las damas y á los galanes aristocráticos y á los demihabillés.

Y lo hemos conseguido sin esfuerzo, como consiguió tener sucesión aquel Príncipe chino.

Gracias á los buenos oficios de algunos trovadores de su corte, que cantaron las hazañas del heredero del Príncipe.

Porque allí era, en aquellos tiempos, electiva la corona ó la coraza, mejor dicho.

Cortaban la cabeza á un Príncipe dificultoso como chino, lo mismo que á una persona particular.

Con que les pareciese que era po-co-chi no, había suficiente motivo para la degollación.

Ahora es el Imperio chino un país modelo por la suavidad de sus costumbres.

Suavidad espontánea, sin necesidad de *cold-cream*.

Pues bien: por esos trovadores modernos, de la *crème* social, conocemos de vista, los vulgares, á la *crème* legítima y auténtica, y sabemos cómo visten para andar por casa solos ó con amigos, para salir á pasear, á visitas, al campo y aun para dormir la siesta en las tardes del estío.

La bata de brega de la hermosa X y el gorro del ilustre señor Q.

Y todo lo hemos aprendido por el corto interés de cinco céntimos.

Es decir, por medio de las *Crónicas* de salones que publican varios periódicos.

Aun de memoria pudiéramos recitar algunos lectores de periódicos, los nombres y apellidos, títulos que han cometido unos, y los timbres de nobleza hereditaria, de otros.

Sabemos cuál de las damas que asisten á las recepciones ó que reciben de suyo en sus casas de cuando en cuando, es rubia, y cuál es morena, y cuál usa ojos azules y cuál pardos bazanes.

Y cuál es hermosa y cuál no, y cuál es discreta, y cuál no lo finge siquiera.

Sabemos cuándo se casan y cuándo dan á luz hembras ó varones.

Y en esto han generalizado tanto los cronistas, que no solamente comunican al público las noticias de bodas y bautizos de personas de la aristocracia primera ó de «la primera aristocracia», que debe de ser la que se arranca desde los primeros pobladores de la tierra, sino que también de las chicas y chicos de «The Cursis Company.»

Habrán leído ustedes varias veces en los periódicos:

«El inteligente y agraciado flautista ambulante don N. de N. contraerá, dentro de pocos días, á la señorita Q. Q.»

Vamos, «contraerá matrimonio», que es como suele decirse, aunque mal, porque eso de contraer parece que significa «encontrarse los cónyuges», por lo cual puede ser significado muy lógico en tiempo de invierno, y nada más.

Luego que eso de «contraerse en matrimonio» trae á la memoria lo que dicen los aficionados á toros, refiriéndose á las reses que se encogen al sentir el hierro:

Que se «embeben.»

Conque también pudiéramos decir:

«Fulano de Tal se ha embebido en matrimonio...»

O «la señorita N., ya conocida de nuestros lectores, se ha embebido...»

Verdaderamente no hay con que pagar á esos autores que nos instruyen en el conocimiento de la historia, vida y hechos de una familia nobilísima y de sus dignos representantes en nuestros días.

Porque de otra suerte, ¿cuándo habríamos de conseguir la buena de conocer todo eso?

Que «viste mucho» hablando en chulo complicado en sastre, el conocimiento, siquiera sea de vista, de tantas personas notables por su nacimiento no natural, sino histórico, y el poder decir un hombre vulgar á otro del mismo ó semejante «pelamen:»

—Aquella es la de Pompadour, extranjera. Esas son las de M. K. Britum, también extranjeras, y demás.

Y así sucesivamente, hasta pasar revista á cuantas personas

«conocidas», como dicen los infelices del «Cursis Company», se hallan en un teatro, en el paseo ó en la calle.

El que no conozca á la gente, ¿adónde ha de ir?

Como el que no tenga ropa negra.

—Pues al depósito de «cadáveres», como decía un *cabayero* á su esposa temporal.

EDUARDO DE PALACIO

EL COMERCIANTE Y EL OSO

EL escudo de la villa de Madrid está amenazado de una modificación esencial.

Del oso y el madroño no quedará más que el madroño, y será suprimido el oso, si los Tribunales estiman justa la pretensión de un vecino de esta corte y villa.

Es el caso que cierto joven acostumbraba á rondar la calle, hacer el oso, y, por último, *pelar la pava* con el dulce tormento todas las noches.

Esto no tiene nada de particular.

Ella estaba en el balcón. El en la calle, pero á pie.

No como el plantigrado del último sainete de Vega.

Que es un oso de caballería.

Y se va á hablar con la novia á caballo.

El comerciante de la esquina, ó el de enfrente, ó el de al lado, no debía de ver con buenos ojos, ó, mejor dicho, de oír con buenos oídos el nocturno coloquio amoroso de los dos amantes.

Y trato de *desterrar* al novio.

Este, naturalmente, se opuso.

Insistió el otro.

No se dió á razones el joven, y *de aquí*, como dicen los hablistas, el litigio en cuestión.

Sostiene el comerciante ante el juez del distrito que la parte contraria interrumpe la vía pública.

Y aduce el otro su derecho de pararse en la calle, sin perjuicio, no de banderillar al transeunte, sino de echarse á un lado cuando sea preciso.

Tenemos, pues, un problema que resolver. A saber: si el oso á pie quieto y á la intemperie es un oso legal ó ilegal.

De proclamarse la ilegalidad del oso, ¿no procede modificar el escudo madrileño?

Porque ¿qué representa un oso en un escudo, sino es la respetable clase, ó el gremio, como quien dice, tan numeroso y distinguido que aquí existe?

Y una vez suprimido, ¿con qué otro animal será sustituido?

La respuesta es difícil. De reemplazarse con un atributo del reino vegetal, nada más ridículo que el melón.

Suele decirse del que se enamora hasta el punto de ejercer en público—como el que pela la pava—que está amelonado.

Entretanto, y hasta conocer lo que resuelven los Tribunales, las gentes dan su opinión sobre el asunto.

—¡Qué barbaridad! exclamaban las de Afuera, noches pasadas en el Prado. ¿Con qué derecho le van á quitar á una que hable con el primero que pase, si quiere? ¡Que quiera él, y veremos! *Maixime* ahora que se acaba el verano y tiene una que quedarse en casa toda la santa noche.

—Eso es, añadió una amiga; y luego vete á decirle á cualquier *muchacho* que no hay otro medio de tener relaciones que entrando en casa y delante de mamá. Se escaman. Hay que irlos metiendo en harina por sus pasos contados.

Un señor, chapado á la antigua, defendía impíamente la supresión de la peladura de la pava.

—Eso del oso, exclamó, es una verdadera *osadía*.

—¿Usted, le preguntaron, no *osó* nunca?...

—¿Qué había yo de *osar*, señor mío?

—Decía que si no *osó* usted nunca tener novia.

—Sí, señor; tuve varias. Pero todas por la parte de adentro. Es decir, que no me gustaba dar un cuarto al pregonero en medio de la calle.

Vea usted ese joven de enfrente. Se pasa ahí las horas muertas. Está *osificado*.

La opinión de los interesados, ó *interesados*, no hay para qué decirlo.

Su programa es éste: EL OSO LIBRE EN EL ESTADO LIBRE.

No puede darse nada más *óseo*.

JOSÉ DE LASERNA.



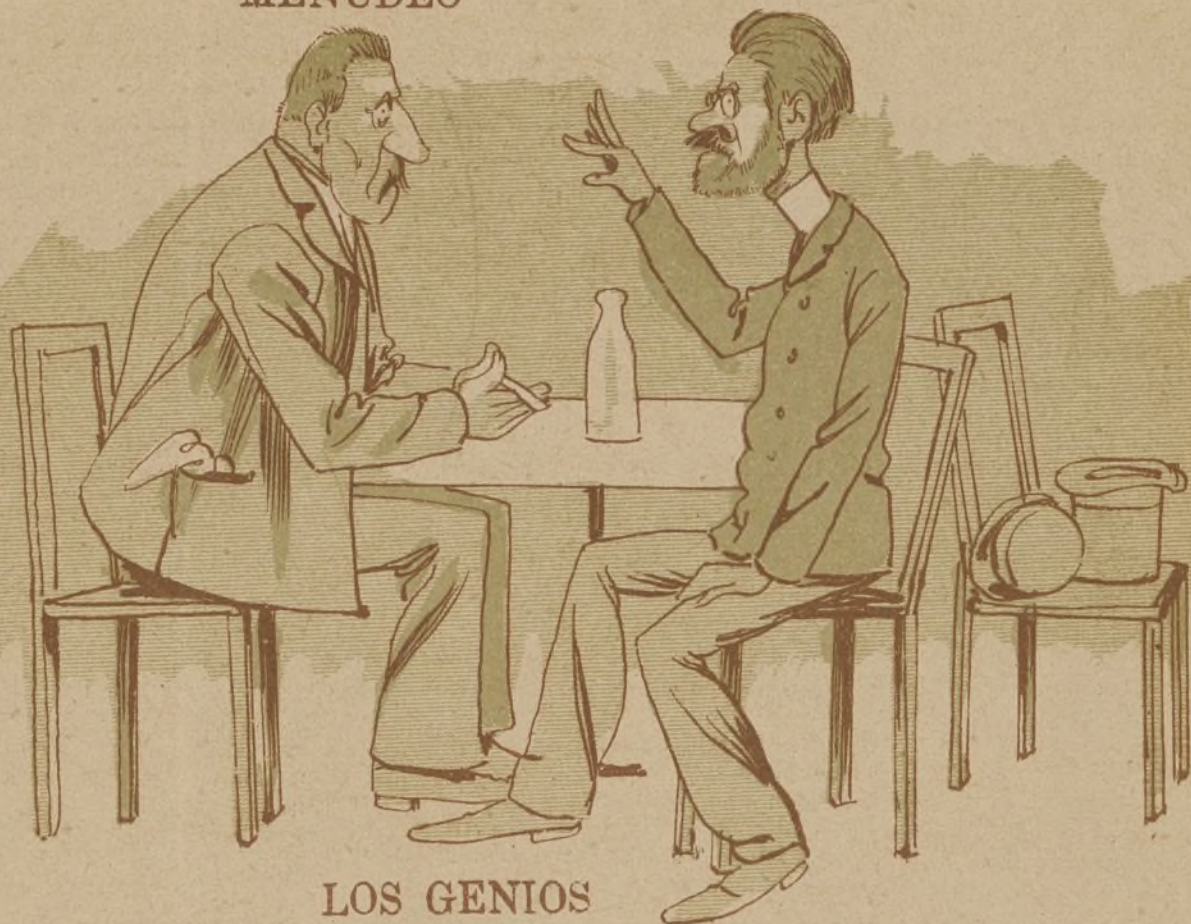
LUISA CAMPOS (Del Teatro de Apolo).



MENUDEO



—Si fuera verdad eso de la guerra de Africa, saldríamos ganando, porque moriríamos muchos y correrían las escalas.



LOS GENIOS

—Crea usted, amigo mío, que eso del submarino lo hace cualquiera: dos válvulas, dos émbolos, dos cilindros, los pone usted en contacto, establece usted la corriente, y ya tiene usted un submarino.



—¡Pues no me ha dicho que suba, la muy!...

—¡Ah! ¡Si usted supiera cuánto he gozado yo en esa Concha de San Sebastián!

—¡Caballero, esas cosas no se dicen a una señora!

MENUDEO



Paca la Descuajaringá,
del ramo de aguadoras.

—No se puede usted suponer, Adolfito, los recuerdos tan gratos que traigo del Sardinero.

—La suponía á usted de más elevadas miras. ¡Descender hasta un sardinero!



—Aquí con confianza, D. Anacleto.

—Agradezco á usted mucho..., porque no hay nada más hermoso que la confianza; puede uno obrar con libertad, y hasta, si á mano viene, regoldar en la mesa, como en su propia casa.



—Un dato que no he podido encontrar en ninguna historia, es de qué enfermedad murió el Rey que rabió.

Carta de despedida.

Á CLARÍN

Muy señor mío y mi dueño: Muestra de ingratitud, y no pequeña, sería pasar en silencio los dos artículos con que ha tenido usted á bien honrar mi modesto engendro. Antes que el despecho por los desdenes, con que ha querido usted á veces molestarme, puede en mí el reconocimiento por la benévola acogida que en usted he hallado; y no digo esto á causa de los desmedidos elogios que en el comienzo del primer artículo me prodiga (que ya sé distinguir lo que es hijo de la justicia de lo que solamente lo es de la cortesía ó de la estrategia del polemista), sino por el hecho de contestarme, y de hacerlo en los términos que todos han podido apreciar. Doy á usted las más expresivas gracias por su acción, no muy frecuente entre los predilectos de Apolo. Eso de sobreponerse á los consejos de los amigos, y tal vez á los del propio orgullo, lanzándose á empresas en que, por la oscuridad del contrario, es muy difícil añadir una hoja más á la corona por la admiración de todos concedida, y es, en cambio, muy fácil sufrir algún detrimento en la integridad de la fama, á costa de tantos desvelos y por tantos merecimientos adquirida, cosa es que no se ve todos los días, y que debe aplaudirse donde se encuentre, sin regateos de ningún género.

No quiero hacer indefinida la duración de esta polémica, ni mucho menos promover otra; no ignoro que para *parte de por medio* ya he hablado bastante; ni abrigo, en fin, la fatua vanidad de creer que mis dichos y hechos han de atraer por mucho tiempo la atención del público. Sólo es mi deseo hacer algunas aclaraciones y rectificaciones, tanto para ilustrar la privilegiada inteligencia de usted con datos que desconoce, como para mostrar la pureza de los móviles que me han impulsado á entrar en esta contienda.

Así como no tenía agravios que vengar de usted, tampoco tenía deudas que satisfacer á D. Manuel; mi intervención ha sido una verdadera quijotada. Me pareció en los albores de la cuestión de usted con Palacio que se excedía usted en la defensa, empleando cañones de doscientas toneladas para combatir picaduras de mosquito, y me lancé á romper una lanza en defensa de lo que creía justo, y nada más.

En cuanto al nombre puesto al fin de mi artículo, sepa que no es seudónimo, sino el que me dieron cuando, sin contar conmigo, me hicieron católico, y el apellidado es el de mi padre, que Dios me conserve por toda mi vida.

Ni soy crítico, ni de *La Patria*. De la verdad de lo primero usted ha certificado ya con un juicio asertórico; yo lo hago ahora con uno apodético, que tiene más fuerza; de la verdad de lo segundo, bástele saber que mi enclenque producción vió la luz primera, en forma de un solo artículo, en *La Ilustración Nacional*, y que de allí, y en el mismo día de su aparición, fué trasladada á *La Patria*, donde cuento con amigos queridísimos que, guiados del mejor deseo, me hicieron este flaco servicio.

Me ha llamado usted maestro de escuela, domine y hasta pedante, y contra tales calificativos protesto de una manera rotunda, no porque yo crea depresivos á mi nombre los dos primeros, ni tenga á menos confundirme con una clase que tantos modelos ofrece de amor desinteresado al saber y de abnegación, rayana del heroísmo, en el sacerdocio de la enseñanza, sino porque mi lenguaje, mi estilo y mi erudición (!) no son los suyos. ¿Ha visto usted en mí, por ejemplo, muchos *si que también*? Pues lea documentos redactados por tan benemérita clase, y muy desgraciado ha de ser si no encuentra semejante locución desde los primeros párrafos. ¿Posee mi estilo la grave seriedad de quien está penetrado del papel que en la sociedad desempeña? Pues si no la tiene, y de hecho es así, la calificación de usted es errónea. Compare mi modo de escribir con lo que hace Ratin y con lo que de él se dice en la *Bibliothèque de mon oncle*, y después sentencie en conciencia. Por último, ¿ha encontrado usted muchos domines que se sepan casi de memoria á Gargantúa y Pantagruel, que se refocilen con las sales de Marcial y Catulo, y que lean á Goethe y Schiller en su propio idioma? No afirmo que mi caudal de erudición sea mayor ni mejor: lo que sí afirmo es... que es otro.

Y vamos á lo de pedante, con que ha pretendido usted mortificarme, á pesar de haberle sido simpático, en venganza de algo que usted sabe y nadie ignora.

Habiéndome sido por todo extremo simpático el bueno de Cabranes, por lo de gramático, por lo de humanista, y más todavía por su desdichado concurso, en que *un Commelerán* se lo dejó *in albis*, soplándole la prebenda que indudablemente merecía, pensé hacerme bienquisto con él (con Cabranes, no con Commelerán), y aun distraerle del amargo dejo que nos produce la victoria de la imperfección histórica sobre la justicia eterna, hablándole en una lengua parecida á la suya, moviéndome en el encantado Edén de la antigüedad clásica, donde se ha refugiado, su alma... ¡Trabajo inútil! Tan buenos propósitos, apenas esbozados con cuatro latinicos, sólo han tenido por premio llenarme usted de pedantería por arriba, por abajo, por delante y por detrás. ¡Si soy lo más desgraciado!

He notado en usted varias inconsecuencias, que voy á exponer con toda la brevedad posible. Su primer artículo era, á pesar de lo valiente de la defensa, todo mieles para mí; el segundo todo hieles. ¿A qué ese cambio? Para su descargo, declara usted que no he tachado de anfibología la transición más ó menos brusca

y á la cortés dedicatoria atiendo;

pero más adelante, cuando trata de ajustarme las cuentas, me la cuenta por tal. Esto no es justo; hágalo las dos veces, ó no lo haga ninguna. Dijo usted que las tachas puestas por mí no eran tachas; mas en mi penúltima dificultad, confiesa que Cabranes era de mi opinión, y dice que casi casi tengo razón; luego hay una casi casi tacha, y habiendo una casi casi tacha, la primera afirmación era falsa, por lo menos en su generalidad.

No dejó de afligirme el citar usted á don Hermógenes á propósito de misasendereadas oposiciones. Precisamente por huir de su parecido, me he jurado á mí mismo, y lo estoy cumpliendo con rara constancia, aunque esto sea dar palos en el burro (que no burra) de casa, ponerme á limpiar botas en la Puerta del Sol antes que en presencia de siete sabios más ó menos oficiales ó... aprendices.

De todo saca usted partido. Hasta me echa en cara las *disculpas* con que acompaño cada una de mis dificultades. Pues ¿qué quería usted? Sin duda alguna no sería que entrara preguntando por el sitio donde cuelgan la capa los oficiales. Creo que si tal hubiese hecho, me hubiera usted aplicado un severo correctivo, poniéndome como chupa de mí mismo, quiero decir, como chupa de domine. Veo que exige usted de sus *criticados* lo que en un cuentecillo me decía mi santa madre cuando aún no sospechaba yo la existencia de las letras de molde: *Unos calzones que ni vayan, ni vengán, ni costuras tengan*.

Cumple á mi lealtad arrepentirme del salto que dí en la segunda anfibología. Su señoría tiene razón. En cambio no ha entendido la acepción que daba yo, de acuerdo con todos los gramáticos, á subjetivo y objetivo; y si lo ha entendido, no sé á qué sacar á colación la poesía lírica, la épica, como usted ha hecho. *Subjetivo*, lo que es propio del sujeto de la oración; *objetivo*, lo propio del objeto, ó complemento directo. Así, en *tu castigo* ha sido *excesivo*, refiriéndonos á un padre que vapulea á su hijo queremos decir: el castigo que ha dado, y es subjetivo, por tanto; en *me conmueve tu castigo*, refiriéndonos al hijo vapuleado, damos á entender el que le han dado, y es objetivo. Pregúntele á Cabranes, quien diciendo lo mismo que yo, añadirá tal vez que los habitantes del Lacio, para evitar las anfibologías que de aquí pudieran nacer, distinguían por esto entre *amor meus* (subjetivo) y *amor mei* (objetivo). Ya ve usted cómo mi dificultad no carecía de fundamento.

No insisto en rectificar más, por la falta de espacio. Confío en que á la perspicacia del curioso lector no se ocultarán la parte que corresponde á la razón y la que se debe á la suprema habilidad.

De mis faltas, que son más que las de una mujer preñada, si es cadañera sobre todo, dice usted que no quiere hablar, porque supone que á nadie le interesará su conocimiento. Casi casi tiene usted razón. No la tiene, sin embargo, en absoluto; porque posible es que haya más gente de la que usted se figura que sienta curiosidad por conocer la autorizada opinión de usted sobre este punto; posible es que alguno de los dos poetas enteros que usted cuenta en nuestro Parnaso participara de esa misma curiosidad; y posible es, finalmente, que algún ilustre poeta de fuera de la Península deseara saber lo que dice el primer crítico español acerca del oscuro, del merecidamente oscuro Esbrí.



RAMONA TORRES (Del Teatro de Apolo).



El hecho de que puedo yo pasar ante usted plaza de sabio (que de seguro no la paso ni tengo la necedad de pretenderla), lo atribuye usted á la estulticia nacional (hablaremos en culto, para no excitar las iras de los sencillos patriotas); pero ¿no ve usted, *Clarín* de mi vida ó de mis pecados, lo peligroso para usted de tal argumento? ¿No considera que cualquiera, ó un cualquiera, puede atribuir la envidiable fama de que usted goza á esa misma estulticia?

Termina usted con un consejo y una reticencia. En cuanto al primero, agradeciéndolo en lo que vale, que es mucho, por venir de donde viene, le diré, con todo, que no me era necesario; y en

cuanto á la segunda, no pretenda ejercer conmigo de dios Neptuno, tomándome por el Céfito y el Euro. Hay cosas que ya han pasado de moda.

Pongo aquí punto final, reiterando á usted la expresión de mi sincero agradecimiento. El recuerdo de su conducta durará en mí lo que me dure la vida.

Con este motivo se ofrece de usted devotísimo amigo, no por vano cumplimiento, sino en lo que importe

José M. Esbrí.

Madrid y Septiembre 19 del 89.

MI RETRATO

A don Angel Pons, ilustre dibujante en Los MADRILES: Para que yo no me fustre, me ha dado usted mucho lustre exhibiendo mis perfiles.

De darle no me recato, gracias, como es natural, por haber hecho el retrato; pero estoy pasando un rato, créalo usted, infernal.

Después que me convencí de que el copiado era yo, pude consolarme así: —¿Seré yo tan feo? ¡No! ¿Pons me ha calumniado? Sí!

Con esto me consolé; y para buscar testigos de cargo, aquí, contra usted, me dirigí hacia el café donde estaban mis amigos.

El dibujo recortado les mostré en el ambigú, diciendo: —«El Empecinado;» y me quedé casi helado al oír: —¡Quí! ¡Si eres tú!

—¿Cómo que yo! —Es evidente.

—¡Mentira! —El mismo entrecejo... —¡Dios mío! —La misma frente... —Pero...

¡Mírate al espejo y lo verás claramente!

Ante este atroz resultado que me dió la prueba, estoy furioso, desesperado, y grito desconsolado: —¡Dios mío! ¡Qué feo soy!

¿Conque en un error no está Zahonero — ¡voto á mi vida! — cuando á todos por acá dice que soy una *galera mal corregida*?

Luego no mienten, ¡horror! como creí, y ya no creo, las muchachas de obrador, cuando las echo una flor y dicen: —¡Ta-day, so feol

Yo mismo de mí me asusto, pues durará algunos meses mi ceño, grave y adusto. ¡Hasta he perdido ya el gusto de pagar á los ingleses!

Debería... ¡voto á tall! ponerle á usted como un trapo, —como un trapo de percal; — por no retratarme mal, por no sacarme más guapo.

¡Claro que no lo haré! pero, ya que así esta vez pasó, para otra no lo tolero. ¡Retrate usted al *Regatero* y diga usted que soy yo!

José Estrañi.

UNA DUDA

En el circo de Rivas, ó, si ustedes lo prefieren, del *Príncipe Alfonso* (que no vamos á refirir por tan poca cosa), están representando estas noches una zarzuelita en un acto, titulada *A casarse tocan, ó la misa á grande orquesta*. Dicen de la obrilla que tiene gracia, y me parece que dicen bien; y esto lo saben cuantos la han visto y lo presumen los que no la han visto, y conocen el nombre del autor. Pero dicen también de la obra que es un *sainete*, y lo que es por eso sí que no paso; la cosa será de mucha gracia, corriente; resultará ingeniosa, lo concedo; tendrá vida, y animación, y movimiento, y todo lo que ustedes quieran, convenido; estará admirablemente escrita, sembrada de chistes, atiborrada de sal, bien versificada... no me opongo; pero lo que es *sainete* no lo es, ni lo parece siquiera. Me refiero á nuestro *sainete* que podríamos llamar clásico, y del que son modelos acabados, por ejemplo: *La comedia de Maravillas*, *Las castañeras picadas*, *La casa de tócame Roque*, y aun acaso algunas del autor mismo de *A casarse tocan*, tales como *La canción de la Lola*, y otras varias.

Si, como hasta ahora se ha entendido el *sainete*, ha de ser, y es por lo general, cuadro de costumbres populares, censuras de los vicios del llamado pueblo bajo, creo que *La misa á grande orquesta* no reúne las condiciones necesarias para ser incluida en esa denominación. Ello, al fin y á la postre, llámese *sainete*, ó llámese zarzuela, ó juguete cómico-lírico, el nuevo trabajo del Sr. Vega será lo que es y obtendrá aplausos y producirá efecto, y lo que vale más que todo eso, *dará dinero* (como se dice muy expresivamente en la jerga pintoresca de bastidores), y ya lo está dando; de lo cual, pueden ustedes creérmelo, me alegro casi tanto como si se tratase de una obra mía, y no digo que tanto, porque sería mentira y ustedes no habrían de creerlo, ni el autor tampoco.

Pero vuelvo á mi tema: *A casarse tocan*, ¿es un *sainete*?

La escena que más efecto causa, la que obtiene más nutridos aplausos, es de todo en todo falsa, fácilmente versificada, dialogada con verdadero primor, etc.; sin embargo, completamente fuera de la realidad: no hay capitán de lanceros, por muy lanceiro que sea, capaz de ir á pelar la pava con su novia, vestido de uniforme, montado á caballo, en medio del día y en calle tan apartada como la de San Sebastián, entre la de Atocha y la plaza del Angel. No hay niña cursi, por muy cursi que la supon-



LUCRECIA ARANDA (Del Teatro de Apolo).

gan, que diga en voz alta á su novio que se alegra de que le hayan ascendido, porque de ese modo ella tendrá viudedad; eso lo piensan todas, pero no lo dice ninguna; eso la novia no se lo dice á su novio. La novia de Alvaro podía haber dicho eso mismo en un *aparte*, aunque es muy posible que el efecto teatral no hubiese resultado tanto como diciéndoselo al propio interesado, y tampoco habría habido entonces ocasión para decir aquello de:

“antes te falte yo, que tú me faltes,” que es realmente un chiste de primer orden y dicho con muchísimo ingenio. El autor ha hecho perfectamente en pegar á su obra ese diálogo, sí, señor; es escena de efecto seguro, de aplauso indudable y de gracia verdadera; pero esa escena no refleja costumbre del pueblo, ni es otra cosa que un capricho del poeta. Como es un capricho, no sé si del poeta ó del músico (bien que me inclino á creer esto último), eso de ensayar las misas á *grande orquesta* (ni aun á pequeña) en el porche del templo, momento antes de ejecutarlas en la iglesia.

¿Que aquello da pretexto, ocasión ó motivo para una pieza musical? Sea muy enhorabuena, y bien venida sea la pieza (que no me parece de las mejores de su célebre autor); pero eso no quita para que aquello no sea cuadro de costumbres populares ni aristocráticas.

De la acción que en la zarzuelita se desarrolla, nada quiero decir: primeramente, porque en obras de esta índole el argumento es siempre de importancia muy escasa, y después, porque, á decir la verdad, por aquí es por donde la obra del señor Vega flaquea bastante; porque ni los recursos son nuevos, ni la situación es del todo original, ni son del todo admisibles en el teatro algunas de las figuras que el autor presenta, aunque hagan reír á mandíbula batiente á personas de gusto estragado, de poca y mala educación literaria y de ningún instinto artístico.

Pero, como dijo el otro, eso es ya harina de otro costal.

Dije que trataba de exponer una duda; héla aquí:

La última producción (última por ahora, y sin perjuicio) de Ricardo de la Vega, ¿es *sainete* ó no es *sainete*? Ustedes dirán. Yo he comenzado por decir con franqueza que no me lo parece.

(Y tampoco me lo parecía antes; quiero decir, antes de que el autor lo modificara como lo ha modificado.)

A. SÁNCHEZ PÉREZ.





ANUNCIOS RECOMENDADOS

MICIEUF

Banco Hispano-Colonial.

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba: emisión de 1886.

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el cupón núm. 13 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring, Brothers y Compañía.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500

pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma, desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siem-

pre sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º de Octubre, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Septiembre de 1889.—
El secretario general, *Aristides de Artillano*.

GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN

A. PRADES Y COMPAÑÍA

Circulares, periódicos, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, etc.

Anuncios en periódicos, telones, medianerías y vallas.

Se garantizan todos los trabajos de este Centro, y se remiten tarifas de precios al que las solicite.

32, JESÚS Y MARÍA, 32, MADRID